

¿COMPETIR CON EL INGLÉS O EMIGRAR A ÉL?

Carlos Leáñez Aristimuño

la sociedad no puede dejar al arbitrio de fuerzas ciegas y contradictorias un instrumento tan vital como su sistema expresivo

Ángel Rosenblat

RESUMEN

El siglo XXI, en vista del proceso de globalización y el consecuente contacto interlingüístico, llevará probablemente a la muerte a la mayoría de las lenguas existentes hoy. Empujados básicamente por necesidades de comunicación con un mundo más amplio y complejo que el de su comunidad, los hablantes se refugiarán en idiomas que les permitan abarcar la mayor cantidad de ámbitos posible, desde la vida cotidiana hasta el mundo de sus intereses particulares o especialidades. Lo anterior beneficiará particularmente a la lengua inglesa. Sin embargo, las otras lenguas de gran peso demográfico y cultural también llegarán al siglo XXII. Entre ellas, el español. Pero cabe preguntarse en qué estado. Si tomamos en cuenta sólo la fuerza extraordinaria de nuestra lengua en número de hablantes, su prestigio literario y su amplia difusión geográfica, encontramos razones de mucho peso para ser optimistas. Pero cuando evaluamos también la situación de fragilidad institucional de la mayoría de los países de lengua española, la pobreza en la que vive gran parte de sus habitantes, la vasta extensión del infradominio de la lengua, la presencia ínfima del español en ciencia y tecnología, la carencia de términos suficientes para aprehender aspectos clave de la contemporaneidad y la desatención al tema de la informatización

adecuada de la lengua, nos damos cuenta de que estamos frente a complejas, enormes y urgentes tareas. Mas no debe lo anterior empujarnos a buscar nuestra imbricación con el mundo a partir del inglés. En efecto, no es factible difundirlo apropiadamente a corto o mediano plazo y el conformarnos con poseer un nivel básico en él nos colocaría en posición de desventaja en la competencia mundial con respecto a los angloparlantes. Además, apuntalar al inglés como lengua única internacional complicaría el equipamiento lingüístico de los hispanohablantes: no sólo tendrían que aprender la norma culta de su propia lengua, sino también el «código global». Debe, pues, plantearse no una imposible emigración lingüística, sino el difícil reforzamiento del español, contribuyendo además, de esta manera, al mantenimiento de la pluralidad de lenguas en la esfera pública y en la internacional. Obviar lo anterior equivaldría a dejar las claves de la contemporaneidad en una sola lengua y a precipitar un proceso de decadencia y muerte de la nuestra.

I

Hoy existen en el mundo, según los cálculos de diversos expertos, entre 5000 y 7614 lenguas. Ahora bien, dada la globalización, esas lenguas están en contacto como nunca, lo cual ocasiona una distribución de roles: algunas, la inmensa mayoría, nos sirven exclusivamente como fuente de identidad; otras, mucho menores en número, nos comunican con el Estado o en el mundo del trabajo; otras, muy pocas, garantizan la comunicación internacional; otras, un puñado, pueden acumular varios roles. Pero sólo el inglés es hoy capaz de desempeñar todos los roles para quienes lo poseen como lengua materna. Grandes lenguas como el español o el francés pierden terreno: sus hablantes que ocupan medianas o altas posiciones en el mundo de la ciencia, la técnica, los negocios o las relaciones internacionales, emigran, al menos en los mencionados campos, cada vez más hacia el inglés. Por su parte, las pequeñas lenguas se hallan en una situación desesperada: la exigua base poblacional, la falta de protección jurídica, su repliegue a las esferas de la comunidad y el hogar generan en sus hablantes desestima hacia ellas y ansias de emigrar hacia otras.

¿Qué actitud deberían asumir los hablantes de español en este contexto? Dar algunos elementos de respuesta es el objetivo de este trabajo.

II

¿Cómo satisfacer la demanda de instrumentos lingüísticos capaces de cubrir ámbitos tan disímiles como la vida afectiva, las transacciones bancarias y la mecánica cuántica? ¿Una lengua para cada ámbito? ¿Una para algunos, otra para otros? ¿Una para todos los ámbitos? Y, en todo caso, ¿qué lengua o lenguas? Ya los autores han comenzado a proponer soluciones. Examinemos algunas.

David Crystal, en su libro *Language Death* (29 y 80-81), postula un bilingüismo que cataloga como saludable. Se trataría de que todos dominásemos al menos dos lenguas: la de nuestra comunidad y una lingua franca internacional. Indica que ambas no han de entrar en conflicto puesto que cada una tiene un propósito diferente. En este sentido, sostiene que la primera estaría allí para expresar la identidad de sus hablantes preservando sus vínculos históricos, sus relaciones sociales y familiares. La otra sería el puente hacia el resto de los hablantes que facilitaría, entre otras cosas, nuevos horizontes de nivel y calidad de vida.

Por su parte, Calvet y Varela (58-59) plantean un modelo trifuncional. Una función internacional para las relaciones exteriores, desplegada por el inglés, lengua no ya simplemente internacional, sino global. Otra función para participar en la vida pública de cada país, en manos de la lengua del Estado. Por último, una función para la esfera íntima o comunal, en manos de la lengua del grupo. Este sería el «équipement linguistique de base du citoyen de demain» («equipamiento lingüístico básico del ciudadano del mañana,» traducción mía).

Ahora bien, si tomamos en cuenta el funcionamiento concreto del sistema lingüístico mundial, podemos llegar a la conclusión de

que lo recién planteado pone en peligro a todas las lenguas, con la excepción del inglés. Expliquémonos.

En 1999, Louis-Jean Calvet (75-81), inspirado en proposiciones de Abraam y de Swaan, planteó un modelo que viene a poner orden en la masa de lenguas existentes en el mundo: el gravitacional. Este modelo postula como lengua hipercentral al inglés, en torno al cual gravitan, de forma inmediata, alrededor de diez lenguas supercentrales, entre ellas el español, en torno al cual gravitan lenguas centrales, como el quechua, alrededor del cual gravitan una serie de lenguas periféricas. Así, un hablante de una lengua central, como el quechua, presionado por aprender lenguas, lo hará en el plano vertical y escogerá en un primer momento el español, lengua supercentral. En cambio, un hablante de español, menos presionado, escogerá ya sea horizontalmente otra lengua supercentral, como, por ejemplo, el francés, ya sea verticalmente la lengua hipercentral, lo cual es, a todas luces, la opción mayoritaria. Por último, aquellos que poseen el inglés como lengua materna, tenderán a no aprender ninguna otra lengua.

El hecho de que los desplazamientos entre lenguas se den mayoritariamente en un plano vertical se debe principalmente a la abrumadora desigualdad que existe entre ellas cuando consideramos factores como demografía, ciencia, tecnología, economía, la cultura de masas difundida a través de los diversos medios y el poder político y militar de sus hablantes. Consideremos, por ejemplo, que, tal como lo indica el Centre International de Recherche en Aménagement Linguistique, el 99% de las lenguas existentes son habladas por apenas el 6% de la humanidad y que, al menos el 98%, se hallan confinadas a la comunicación comunal. Lo anterior explica el movimiento casi exclusivo de los hablantes en el plano vertical: empujados básicamente por necesidades, buscan lenguas que abran puertas, que cubran la mayor cantidad posible de ámbitos.

Ahora bien, sería de esperarse que el movimiento vertical casi automático no se diese entre las lenguas supercentrales, ya que sus hablantes tienen, desde su lengua, más posibilidades a su alcance. No es así: un ingeniero de Caracas parece necesitar tanto el

inglés (Nahul, 1999: 221) como el comerciante quechuaablante de Arequipa necesita el español, más del 95% de los estudiantes españoles y franceses aprenden inglés (Comission européenne et al., 2000: 11), los jóvenes suizos de diversa lengua desean entenderse entre sí en inglés y no en francés o alemán (Weber, 1997: 16). Las lenguas supercentrales, pues, ya se comportan como las centrales: sus hablantes se mueven casi ante todo en el plano vertical. Y una tendencia nueva: las lenguas centrales «se saltan» el paso por la supercentral y van directamente al inglés, tal como ocurre hoy en Europa Oriental. Todo se entiende en el contexto de la globalización: si el mapa real es el mundo y el inglés es la lengua franca global, ¿para qué un polaco va a aprender alemán? Con el inglés basta. En este sentido, Calvet y Varela (2000: 59) indican que Europa podría estarse dirigiendo hacia una supremacía del inglés que rebajaría a lenguas como el francés, el alemán y el español del nivel supercentral al central.

Las lenguas supercentrales se encuentran hoy, en mi concepto, ante una clara disyuntiva: o bien refuerzan sus posiciones para competir con el inglés, haciendo desaparecer el tramo hipercentral, o bien siguen perdiendo posiciones en ciencia, tecnología, comercio, diplomacia, etc., con lo cual, en lo que resta de siglo, dejarán de existir como lenguas supercentrales. Entonces, la multitud de lenguas incapaces de aprehender la complejidad del mundo contemporáneo y de facilitar la comunicación internacional, o sencillamente interlingüística, se volcará hacia el inglés, de la misma manera que, tal como indican Calvet y Varela (2000: 59), la división lingüística postcolonial en África apuntaló las lenguas de los colonizadores.

¿Qué nos conviene más?

III

La fuerza del español es innegable: si tomamos como medida a los hablantes de lengua materna, se trata, con 358 millones de personas, de la segunda lengua del mundo, precedida sólo por el mandarín y seguida por el inglés. Esta cifra constituye el 6% de la

humanidad –el mismo porcentaje que habla el 99% de las lenguas del mundo– y el 50% de los hablantes de las lenguas neolatinas. Su base poblacional, por si fuera poco, crece. Es lengua oficial de 21 países –sólo cinco lenguas tienen reconocimiento oficial en más de veinte Estados– y, lo que es más importante, en ellos es hablada por el 94,6% de la población –la media del inglés es de 27,2%–, es decir, es una lengua de la gente, no sólo de la administración. Con un 10% de los hablantes respectivos, se halla sólidamente anclada en dos polos fundamentales de poder: los Estados Unidos y la Unión Europea. Es también una de las lenguas oficiales de los principales organismos internacionales, comenzando por la ONU. Por otra parte, la cohesión idiomática del español es indudable: las variantes, aunque pueden generar graciosos equívocos en una comunicación informal, no impiden la comprensión real entre dos personas. No puede decirse lo mismo de esos bloques ramificados que son el árabe o el chino. Además, posee una simplicidad ortográfica y fonológica envidiables, contrariamente a lo laberíntico que puede ser en este aspecto el inglés. Apenas cinco fonemas vocálicos –el inglés británico requiere veinte– y de diecisiete a diecinueve consonánticos bastan para hablar español. Y sobre todo lo anterior, podríamos colocar a la literatura en lengua española, cuyos escritores fundamentales han alcanzado un rango indudablemente mundial.¹

Detrás de lo recién dicho existe además una red de instituciones y una voluntad política. En efecto, el trabajo de las Academias de la Lengua en la preservación de la unidad del léxico a través de un diccionario de publicación decenal, de la agencia de noticias EFE en la respuesta oportuna a los retos terminológicos de la actualidad noticiosa a través de su Departamento de Español Urgente, de los Congresos Internacionales de la Lengua en la discusión desde los más diversos ángulos de los más variados factores que pueden afectar la vida de nuestro idioma y del Instituto Cervantes para la difusión del español como lengua extranjera son factores que refuerzan las posiciones señaladas.

Si todo lo dicho es cierto, ninguna lengua en el mundo tiene más posibilidades de competir eficazmente con el inglés. Pero dos

factores muy pesados nos lastran: la enorme pobreza y un bajo nivel de aprecio por lo propio.

IV

No cabe duda de que la riqueza y el orgullo son un binomio clave para la vitalidad de una lengua. Mal podemos imaginar al inglés en su prominente posición sin la riqueza y el orgullo de sus hablantes. Al contrario, la pobreza y la baja autoestima son un binomio letal. Y este binomio amenaza claramente al español.

Al examinar el mapa de los pueblos hispanoparlantes no encontramos ninguna potencia de rango mundial o intermedio y sí mucha pobreza e inestabilidad. La sola Alemania, con ochenta y tres millones de personas, tiene prácticamente el mismo producto interno bruto que todos los países de la hispanidad (The World Bank Group, 2001). Son pocos los regímenes que no están bajo el asedio de factores que impiden una firmeza institucional. Apenas Costa Rica, España y Chile parecen transitar con paso bastante firme una salida de la miseria y los sobresaltos.

Padecemos de una extraordinaria resistencia al acatamiento mínimo de una ética que rija lo social mediante reglas abstractas, sin más consideraciones particulares que las que ellas mismas establezcan. Sin este acatamiento mínimo no es posible organizar adecuadamente la vida en las grandes urbes ni generar educación, salud, trabajo. Tampoco ciencia, tecnología... riqueza en todos los sentidos.² Sin esa riqueza mal pueden nuestra lengua y nuestra cultura desplegarse a plenitud y conservar su atractivo ante propios y extraños. Esto lo refleja claramente Álex Grijelmo en su libro *Defensa apasionada del idioma español*, quien señala cómo las altas capas de la sociedad, reforzadas por los medios de comunicación, los políticos, los economistas, generan una avalancha de anglicismos innecesarios, pero no porque el inglés nos invada:

Se trata de algo mucho más patético: determinados hablantes del español desean ser invadidos porque anida en ellos el desprecio inconsciente hacia su pro-

pia cultura, no sólo la de su país sino toda la cultura hispana, a la que consideran inferior y, por tanto, con la obligación de rendirse ante el resto del mundo. Y el resto del mundo es para ellos Norteamérica. (135, énfasis mío).

Este deseo de ser invadidos queda también de manifiesto en otros factores clave. Así, es cada vez menos frecuente que fundemos un negocio que ostente un nombre local. En el caso de Venezuela, esto ya se proyecta hasta la descendencia. En efecto, en diciembre de 1999 ocurrió cerca de Caracas un desastre natural de enormes magnitudes. Mientras la radio difundía la lista de muertos y desaparecidos, gente por lo general muy humilde, podía constatarse cómo los nombres de resonancia anglosajona –William, Richard, Jessica, Jennifer– están desplazando a los hispánicos o autóctonos.³

El superar lo aquí esbozado es la primera y más compleja tarea de los hispanohablantes.

V

La fuente de orgullo más tangible de los hispanohablantes debería ser su propia lengua: las ejecutorias realizadas en ella en el plano del ensayo, la novela y la poesía nada tienen que envidiar a cualquier otra literatura, provocan admiración. Deberíamos por ello explotar a fondo esta fuente: estaríamos contribuyendo así de manera decisiva a la tarea planteada en el punto anterior. Pero lejos nos hallamos de ello. En efecto, Grijelmo apunta desde Madrid: «la asignatura de lengua es la que menos gusta a los alumnos. Sólo el 29,2 por ciento de los escolares la aprecia ‘bastante’ o ‘mucho’. Y resulta ser la penúltima en rendimiento medio en la escala 0-500» (49). En Caracas, Cadenas anota que para el venezolano la lengua «es sólo una tediosa materia de los programas de la escuela y el bachillerato» (13).

Los resultados de lo anterior saltan a la vista. Cualquier persona sensible al idioma, así como los vinculados a él de manera profesional e igualmente los estudios realizados coinciden: el his-

panohablante medio posee un léxico exiguo y carece de una variedad suficiente de registros que le permitan adaptarse a las diversas situaciones sociales en las que puede verse envuelto. Por otra parte, argumentar, exponer, leer y escribir adecuadamente son actividades que le plantean serias dificultades.⁴ Lo anterior traba a los afectados y les impide tomar la palabra. En este sentido, Lázaro Carreter indica: «Someter a la población a una pobreza expresiva enorme supone separar a algunas personas para que nunca asciendan en la escala social» (Grijelmo, 1998: 15). Páez Urdaneta, por su parte, refiriéndose a los bachilleres venezolanos, señala: «la gran mayoría de nuestros ciudadanos educados no ‘habla’, no participa en la construcción ideológica de la nación porque, orwellianamente, el español nacional es posesión de pocos» (1984: 159). Ciertamente, una cabal enseñanza de la lengua es pieza fundamental para el ascenso social y la participación política. Además, su aprendizaje nos proporciona logros, nos permite admirar sus grandes obras, sentirnos parte de un inmenso caudal humano. Buen factor este contra la pobreza y la desestima y, por supuesto, para apuntalar la lengua. La tarea es inmensa, pero realizable.

VI

Ahora bien, no basta con preparar al hablante, también la lengua y las tecnologías que la rodean deben ser preparadas.

Cada año surgen, esencialmente en las áreas de la ciencia y de la tecnología, de 4.000 a 10.000 términos (Rossillon, 1995: 3). Sin ellos la contemporaneidad se nos escapa. ¿Qué actitud debemos adoptar ante estas nuevas palabras? ¿Un simple cortar y pegar? De hacerlo, estaría claro el mensaje: el mundo actual no puede ser aprehendido en español. ¿Crear neologismos adaptados a nuestra lengua? Se invierte aquí el mensaje: sí es posible captar nuestro tiempo en nuestro idioma. Ahora bien, debe procederse aquí con cuidado: la neologización descoordinada puede acarrear la generación de textos incomprensibles para regiones distintas a las de su creación, lo cual llevaría a un argentino de vuelta al inglés para entender lo traducido en México. La inmensidad de esta tarea no ha captado aún los recursos que merecería.

Por otra parte, es impostergable imbricar al español con las industrias de la lengua, colocarlo en ese punto donde convergen la informática, la inteligencia artificial, las ciencias cognitivas y la lingüística a fin de producir todo aquello que sirve para procesar el lenguaje escrito y hablado de manera cada vez más simple de cara al usuario. En efecto, tal como lo indica el informe Danzin (Municio, 1998), estamos a las puertas de una selección darwiniana que sólo dejará subsistir como lenguas de comunicación universal al puñado que se encuentre adecuadamente informatizado. Mientras que el mundo anglófono, Francia, Alemania y Japón invierten sumas cuantiosas en este aspecto, el esfuerzo en el mundo hispano es muy pequeño y se halla ubicado casi exclusivamente en España. Somos básicamente, por el momento, consumidores de los servicios que nos prestan otros para nuestra propia lengua. Así no sólo estamos sometidos a las prioridades de otros, poniendo de esta manera en peligro la adecuada proyección del español, sino que dejamos en manos ajenas un gran negocio.⁵

VII

Vista la complejidad de las tareas pendientes ¿no resultaría mejor masificar la enseñanza del inglés a fin de insertarnos en el mundo a partir de él?

Esto parece poco factible, al menos a corto o mediano plazo. En Puerto Rico y Filipinas, a pesar de un tiempo considerable e inmensos esfuerzos y recursos, el inglés no es la lengua del pueblo. Por otra parte, los resultados obtenidos en países acomodados y poseedores de lenguas supercentrales como Francia y España, tampoco son alentadores: algo menos del 3% de sus habitantes poseen un excelente dominio del inglés (Wallraf, 2000: 56).⁶ En el caso venezolano, una muestra representativa de bachilleres de buen nivel egresados del sistema público revela severas dificultades de comprensión lectora: el 81% presenta resultados deficientes.⁷ Independientemente de que el problema sea el método, los profesores o los alumnos, los resultados están allí y parecen indicar que la masificación del inglés a corto o mediano plazo no es factible.

A lo anterior se objetará que no se hace necesario un excelente dominio del inglés, que bastaría, por una parte, con un inglés mínimo, «de aeropuerto», para evitar los tropiezos comunicacionales que implica el no saber preguntar un precio o una dirección y, por la otra, con un inglés específico del dominio que requiera el usuario (finanzas, neurocirugía, etc.) para su trabajo o intereses. Volvemos a Crystal: una lengua para la comunidad; otra para el mundo. Con un pequeño problema: si nos imponemos esa lengua como global, seremos competidores de segunda o de tercera con respecto a los anglófonos, que ya de por sí prevalecen en la escena mundial. Debemos entonces, para no quedarnos atrás, mejorar nuestro nivel de inglés, no conformarnos con lo básico. Esto, tal como hemos visto, no parece realizable a nivel de masas a corto o mediano plazo. Así, al hispanohablante común, que ya tiene problemas con la norma culta de su propio idioma, se le agregará otro: la ignorancia del código global, conocido sólo por el puñado que sí habrá podido pasar por el aprendizaje necesario: más exclusión.⁸

VIII

Hagamos ahora un ejercicio de futurología: imaginemos que no hacemos frente a los desafíos aquí planteados. Pues bien, sin un aumento masivo y relativamente rápido de los niveles de vida y de educación de las mayorías, muy probablemente nos hallaríamos ante un debilitamiento e inestabilidad tales que podríamos sucumbir o bien a la tentación estéril de intentar aislarnos del mundo con anacrónicos nacionalismos autoritarios o a la igualmente estéril asociación acrítica con los poderes mundiales de turno. Dos formas de autonegación que no nos sustraerían a más sobresaltos. En ellas, la merma o el estrangulamiento acecharían a la lengua española.

IX

Ninguna lengua está tan llamada a ser competencia exitosa del inglés como la española. Los obstáculos, ciertamente, son enormes, pero los costos de no superarlos, gigantescos. Sobre la base de

un camino de modernización estable, debemos plantearnos no una imposible emigración masiva hacia el inglés, sino el difícil reforzamiento de nuestra lengua, equipando tanto a sus hablantes como a ella misma. Un dominio razonable de los diferentes registros de una lengua plenamente capaz de aprehender la contemporaneidad coadyuvará al logro de una mayor movilidad social, una mejor participación política: más razones de orgullo.

No se trata, debe quedar claro, de cerrarnos al mundo, sino de abrir a él la ventana más amplia que poseemos, nuestra propia lengua, y no intentar, al costo de esfuerzos insufragables, abrir otra que, por ajena, no nos resultará tan amplia. Tampoco se trata en absoluto de cerrarnos a la difusión de la inmensa riqueza de las lenguas extranjeras, pero, en un escenario general de escasez de recursos, como es por el momento el de la mayoría de nuestros países, debemos circunscribir los gastos que esta difusión implique a objetivos claramente útiles y factibles. Si se trata, por último, de dar una señal: los pueblos que hablan lenguas supercentrales pueden y deben asegurar el mantenimiento de la pluralidad lingüística en los diversos ámbitos de la vida pública e internacional. No hacerlo sería dejar la codificación de las claves de la contemporaneidad y el poder en una sola lengua. No hacerlo sería quedarnos al margen y, eventualmente, desaparecer.

X

Dixon, en su obra *The Rise and Fall of Languages* (145-148), describe claramente cómo, en cada contexto, la lengua o dialecto que él denomina con prestigio se va usando cada vez más y la lengua o dialecto que él denomina sin prestigio cada vez menos. Así el bretón declina con respecto al francés y éste con respecto al inglés. Plantea que sólo sobrevivirán las lenguas con prestigio apoyadas por naciones. Apunta que las pequeñas lenguas sólo podrán sobrevivir si se aíslan en las junglas de Nueva Guinea o América del Sur. Sin embargo —señala— el proceso de globalización torpedeará la fortaleza de la nación: ésta, de mantenerse las tendencias, no será garantía de supervivencia lingüística y, al cabo de pocos si-

glos, la lengua de mayor prestigio se impondrá como lengua única mundial.

Ahora bien, si por lengua única mundial ha de entenderse una que sea hablada por todos los habitantes de la tierra en todos los ámbitos de su vida, pensamos que jamás existirá. En efecto, cada lengua guarda íntima relación con los mundos las civilizaciones, las culturas que ellas organizan. Al ser ellos diferentes, también las lenguas lo serán. Tendríamos que llegar a un mundo totalmente homogéneo para que la hoy necesaria diversidad lingüística desapareciese. Dudamos que ello ocurra.

Pero no cabe duda de que el siglo XXI sí verá la muerte de la mayoría de las lenguas periféricas y el surgimiento de muy pocas lenguas nuevas, por lo general meras derivaciones de la hipercentral y las supercentrales. Buena parte de los hablantes del mundo se hallarán abandonando las lenguas de sus ancestros en pos de una lingua franca que les permita trascender su comunidad. El proceso, descrito por Dixon en la cita siguiente, parece negar por completo el bilingüismo saludable planteado por Crystal:

Consider a small indigenous group (in any continent) of, say, a few hundred or a few thousand people. They use their own language in daily life but they also know the lingua franca, which is employed in all contact with the general life of the nation they live in. Their own language may be used 90% of the time and the lingua franca 10%. As their degree of contact with the outside world increases, these proportions may gradually shift. Once the lingua franca is used more than 50% of the time, it will soon (within one generation or less) jump to 100%. This is the language that can be used in every aspect of life. And the indigenous language will not continue as a second language (for more than a few generations); it will fairly soon fall into disuse.

Considérese un pequeño grupo autóctono (en cualquier continente) de, digamos, unos pocos cientos o unos cuantos miles de personas. Usan su propia lengua en la vida diaria, pero también saben la lingua franca, la cual es empleada en todo contacto con la vida general de la nación en que viven. Su propia

lengua puede ser usada el 90% del tiempo y la lingua franca el 10%. A medida que su contacto con el mundo exterior aumenta, esas proporciones poco a poco cambian. Una vez que la lingua franca es usada más del 50% del tiempo, pasará (en una generación o menos) al 100%. Se trata de la lengua utilizable en todos los ámbitos de la vida. Por su parte, la lengua autóctona no se mantendrá como segunda lengua (durante más de unas pocas generaciones): caerá muy pronto en desuso. (146, énfasis y traducción míos).

Sin embargo, no cabe duda tampoco de que las lenguas supercentrales, entre ellas el español, se encontrarán en el selecto grupo de supervivientes el siglo XXII. Pero ¿en qué estado? ¿Arrinconadas en el vecindario en pleno bilingüismo desigual ante la lengua de mayor prestigio? El proceso de muerte entonces se hallaría en intenso desarrollo en beneficio de la lengua utilizable en todos los ámbitos de la vida porque no hay bilingüismo desigual sostenible en el tiempo. Quizás entonces uno de nuestros nietos escribiría a un amigo suyo unas líneas similares a las que escribió Marcel Cohen (Walter, 1997: 211), hablante de judeoespañol, a su amigo Antonyo:

Karo Antonyo,
Kero escribirte en djudyo
antes ke no kede nada
del avlar de mis padres.
No saves, Antonyo,
lo ke es morirse una lingua.
Es komo kedarse soliko
en el silensyo
kada diya ke el Dyo da,
komo estar sikileozo
sin saver porke.

XI

Sobre la base de lo dicho y como colofón quisiera resaltar algunas convicciones.

No podemos aislarnos del resto de la humanidad: en ninguna selva caben centenares de millones de personas. Al contrario, debemos integrarnos al mundo y aportar a él desde nuestra especificidad, vehiculada por nuestra máxima obra común: la lengua española.

No tenemos ninguna necesidad de hallarnos entre los huérfanos lingüísticos por venir. Al contrario, nuestro idioma puede ser una casa firme y de ventanas abiertas para quien en ella se aloje.

Reforcemos nuestra lengua. De ello devengaremos beneficios incalculables.

NOTAS

1 Las cifras que ostenta este párrafo provienen del Centre International de Recherche en Aménagement Linguistique y Moreno Fernández y Otero, todos citados en la bibliografía. Es de hacer notar que la fuente del primero es esencialmente la décimotercera edición de Ethnologue del Summer Institute of Linguistics del Estado de Tejas, EE.UU., y la de los segundos es fundamentalmente el Britannica Book of the Year.

2 Actualmente decrece la producción científica en español, tal como lo reflejan las bases de datos internacionales: nuestra lengua ocupó en 1997 apenas el 0,46% en ciencias naturales y tecnología y el 1,37% en ciencias sociales y humanas (0,57% y 2,06% en 1992), mientras que el inglés ocupó en 1997 87,08% y 74,57% y el francés 0,88% y 16,89%. (Centro de Información y Documentación Científica, 1999). Lo anterior es grave: somos meros consumidores de las invenciones de otros. Las consecuencias económicas de lo anterior son evidentes.

3 En las últimas páginas de su libro *Halte à la mort des langues*, Claude Hagège menciona un puñado de lenguas que, según él, tienen ante sí un amplio camino. A pesar de sus robustas bases poblacionales excluye al español y al portugués, ya que «il suffit d'avoir vécu au Mexique, au Brésil ou en Argentine, pour savoir combien l'américanisation y est forte, et surtout, y progresse» («basta con haber vivido en México, Brasil o Argentina para darse cuenta del grado de fuerza de la americanización allí y, sobre todo, de cómo avanza» 366, traducción mía)

4 Vale la pena leer en este sentido el capítulo de Grijelmo titulado «Una lengua en deterioro» y el de Cadenas «La quiebra del lenguaje»,

así como el artículo Iraset Páez Urdaneta «Algunos resultados de una investigación sobre las competencias y las deficiencias lingüísticas del estudiante de la USB», todos citados en la bibliografía.

5 Con respecto a los temas tratados en este párrafo, recomendamos la obra de José Antonio Millán citada en la bibliografía.

6 Recoge Wallraf una encuesta reseñada por Richard Parker en 1995 en *Mixed Signals: The Prospects for Global Television News*. Lo interesante de la misma es que no se basa sobre la autopercepción, por lo general muy indulgente.

7 Se trata de una prueba administrada por el Departamento de Idiomas de la Universidad Simón Bolívar por la que pasan todos los alumnos recién ingresados a la institución. Aquí sólo reflejamos los resultados de la prueba del 2000 referidos a los alumnos provenientes de liceos públicos. Estos bachilleres, durante su educación pre-universitaria, fueron sometidos a un promedio de 3,6 horas de inglés semanales durante cinco años.

8 En buena medida, retomo en este párrafo argumentos esgrimidos por Miguel Siguan (141) quien también escribe unas líneas que nos sirven para imaginar lo que posiblemente ocurriría de lograrse la irrealizable masificación de un buen dominio del inglés entre nosotros: «si dans un pays l'enseignement d'une seconde langue se généralise –c'est le cas de l'anglais dans les pays scandinaves– celle-ci se convertira en seconde langue du pays et deviendra bien plus qu'un simple instrument linguistique pour les communications internationales. Car une fois convertie en seconde langue, elle finira par faire pression sur la langue autochtone, et non pas le contraire» («si en un país la enseñanza de una segunda lengua se generaliza, como ocurre con el inglés en los países escandinavos, ésta se convertirá en la segunda lengua del país y será más que un simple instrumento lingüístico para las comunicaciones internacionales. En efecto, una vez convertida en segunda lengua, ella terminará ejerciendo presión sobre la lengua autóctona, no lo contrario» 141-142, traducción mía).

BIBLIOGRAFÍA

- CADENAS, RAFAEL (1997). *En torno al lenguaje*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- CALVET, LOUIS-JEAN (1999). *Pour une écologie des langues du monde*. Paris: Plon.

- CALVET, LOUIS-JEAN Y VARELA LÍA. XXIe siècle: le crépuscule des langues? Critique du discours Politico-Linguistiquement Correct. *Estudios de Sociolingüística* 1,2 (2000): pp. 47-64.
- Centro de Información y Documentación Científica (1999). Presencia del español en la producción científica. [www document]. URL http://cvc.cervantes.es/obref/anuario/anuario_99/cindoc/default.htm. Consultado el 3/1/2002.
- Centre International de Recherche en Aménagement Linguistique (2000). Les langues du monde. [WWW document]. URL http://www.ciral.ulaval.ca/alx/amlxmonde/Langues/acces_languesmonde.htm. Consultado el 2/2/2002.
- COMISSION EUROPÉENNE, EURYDICE Y EUROSTAT (2000). Les chiffres clés de l'enseignement en Europe 1999/2000. [WWW document] URL http://www.eurydice.org/Documents/Key_Data/Fr/i_fr.pdf. Consultado el 9/2/2002.
- CRYSTAL, DAVID (2000). *Language Death*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DIXON, R.M.W. (1997). *The rise and fall of languages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GRIJELMO, ÁLEX (1998). *Defensa apasionada del idioma español*. Madrid: Taurus.
- HAGÈGE, CLAUDE (2000). *Halte à la mort des langues*. París: Éditions Odile Jacob.
- MILLÁN, JOSÉ ANTONIO (2001). *Internet y el español*. Madrid: Fundación Retevisión.
- MORENO FERNÁNDEZ, FRANCISCO Y OTERO, JAIME (1998). *Demografía de la lengua española*. [WWW document] URL http://cvc.cervantes.es/obref/anuario/anuario_98/moreno. Consultado el 16/1/2002.
- MUNICIO, ÁNGEL MARTÍN (1998). *El español y la ciencia*. [WWW document]. URL http://cvc.cervantes.es/obref/anuario/parte2/cap1/municio_03.htm. Consultado el 16/1/2002.
- NAHUL SALDIVIA, MARIANELA. Avance de investigación: ¿para qué necesitarían los ingenieros dominar el idioma inglés? [CD-ROM], *Memorias del V Congreso Nacional de AVEPLEFE* (1999): 221-225. [AVEPLEFE = Asociación Venezolana de Profesores de Lenguas Extranjeras con Fines Específicos]

- Organisation Internationale de la Francophonie (2001). *Trois espaces linguistiques face aux défis de la mondialisation*. París: Organisation Internationale de la Francophonie.
- PÁEZ URDANETA, IRASET (1984). *La lengua nuestra de cada día*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- PÁEZ URDANETA, IRASET. Algunos resultados de una investigación sobre las competencias y las deficiencias lingüísticas del estudiante de la USB, *Argos* 12 (1990): 7-23.
- ROSENBLAT, ÁNGEL (1990). *Biblioteca Ángel Rosenblat, Tomo III*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- ROSSILLON, PHILIPPE. Éditorial, *Terminometro hors-série* n° 1 (1995): 3.
- SIGUAN, MIGUEL (1996). *L'Europe des langues*. Sprimont: Mardaga.
- THE WORLD BANK GROUP (2001). *Quick Reference Tables. Total GDP 2000*. [WWW document]. URL <http://www.worldbank.org/data/databytopic/GDP.pdf>. Consultado el 6/2/02.
- WALLRAF, BARBARA. What global language?. *The Atlantic Monthly* 286: 5 (2.000): pp. 52-66.
- WALTER, HENRIETTE (1997). *La aventura de las lenguas en Occidente*. Madrid: Espasa
- WEBER, GEORGE. Top Languages. *Language Today*. Diciembre (1997): 12-18.